

# Hombres de bien, demagogos y revolución social en la primera República

Luis Alberto de la Garza\*

## Modernización política y acciones colectivas

Sin duda el problema de la modernización de la sociedad y el paso de las formas de acción prepolíticas a las políticas de organización ha sido una preocupación central de la investigación histórica en los últimos años. La ruptura de viejos esquemas ha sido muy importante para reinterpretar la historia, en un intento por explicar, de una manera más efectiva, sus crisis y sus actuales perspectivas de cambio.

En lo que al caso mexicano corresponde, una doble visión ha dificultado la posibilidad de explicarnos el tipo de condiciones en que se llevó a cabo esta modernización: la primera, se refiere a la idea de que una buena parte del siglo XIX estuvo dominada por una situación de anarquía endémica y una sucesión irracional de conflictos y cuartelazos, ilustrada entre otros casos por los ires y venires de la folklórica y turbulenta presencia de Antonio López de Santa Anna. La segunda, se desprende de una peculiar visión histórica que, a partir de la época de la revolución institucionalizada, ha identificado todo pensamiento y acción popular progresista —de manera exclusiva— con los postulados del partido en el poder.

Por esta doble visión hemos perdido muchas veces la oportunidad de observar las condiciones en que se fueron gestando las formas sociales y políticas que los cambios del sistema produjeron

a lo largo de nuestra historia. Por ello, una de las intenciones del presente ensayo es la de hacer un análisis de las relaciones entre diversos sectores de la sociedad mexicana en la primera mitad del siglo XIX, esto es, en un periodo en que las formas de acción no pueden ser ubicadas dentro de las reglas de juego de una política ya establecida, en la medida en que se trata de una formación estatal y nacional en proceso de construcción.

Es pues, un intento por comprender los orígenes modernos de la acción colectiva, particularmente urbana, su estructura y sus formas, así como el por qué no llegó a convertirse en una organización política estable. En otros términos, se trata de señalar cómo una compleja articulación de movimientos de masas que pasó a la acción perfilándose como un movimiento de clase no logró consolidarse en formas de participación permanentes.

No nos interesa por lo tanto el análisis particular del grupo dirigente, sean los llamados liberales o conservadores, puesto que sus acciones por la conquista del poder han excluido, o devaluado, del análisis a todas las formas de acción y participación colectivas sobre las cuales fue posible la conquista de ese poder.

Bajo un examen tradicional parecería, por ejemplo, que el triunfo liberal a largo plazo, es decir su conversión en estado, fue la correcta, transparente y directa interpretación de todas las demandas colectivas. Parecería, igualmente, que fue la actividad de los políticos profesiona-

\* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

les la llave de la explicación de la conducta colectiva, presentando el comportamiento colectivo como un simple acto de manipulación.

Con esto queremos señalar que si bien las más diversas concepciones de la historia coinciden en que el hombre es el sujeto fundamental de estudio, también afirmamos que “toda corriente acepta el hecho de que el hombre hace la historia, no queda claro a qué hombres se refiere cada una de ellas; los héroes o las masas, entre quienes existe una polarización de comprensiones. Quienes *hacen la historia* son todos los hombres, Juan y María, burgueses y proletarios, Carlomagno y Fidel Castro, masas y líderes, campesinos y maestros, artistas y desocupados.”<sup>1</sup>

Por ello, sólo un análisis de las relaciones entre los diversos sectores de la sociedad nos puede dar la pauta de las movilizaciones colectivas, es decir, se trata de relacionar las conductas colectivas-conflictivas con la estructura social que las produce, al mismo tiempo que explicar cómo se forman y cómo se manifiestan las nuevas creencias e identidades de la multitud.

Nos interesa por esto subrayar algunos elementos que nos permitan destacar la participación de grandes sectores de la población en los acontecimientos que dieron lugar a la construcción del moderno estado mexicano. El trabajo ha sido elaborado dando un énfasis unilateral a algunos aspectos. Sobre todo porque se quiere recoger algo específico que, por lo general, no tiene voz propia. Por ello estamos atentos a los que hablan en su lugar, ya sea por deber moral, por intereses políticos, económicos, ideológicos o científicos —pero intereses al fin— que reflejan su propia posición por ser ellos los que tienen la voz.

Puede sernos útil para ejemplificar lo que señalamos el capítulo dedicado al popular aguador de la ciudad de México del libro *Los mexicanos pintados por sí mismos*. El libro describe a los más característicos y pintorescos personajes que habitaban la ciudad a mediados del siglo XIX. La figura del aguador no podía faltar. El autor del texto, ante la tarea de hacer una pintura de este personaje llama al aguador que diariamente transporta el preciado líquido a su casa para que le cuente la vida que lleva. El aguador, sorprendido por el súbito interés hacia su actividad y

persona, manifiesta su incompreensión diciéndole al amo que no entiende para qué puede servirle a una persona importante el conocimiento de su vida miserable.

pues ni lo comprenderás. Lo que te atañe saber es que tú, como mexicano, tienes que dar al público tus costumbres, tus hábitos, tus vicios, tus cualidades, *todo en fin lo que te es peculiar* o propio, tienes que contárselo al mundo entero: hasta tu estampa se ha hecho adonde estás pintiparado... Ahora bien, *como tú no puedes escribir, o hacer tu retrato, yo me he apropiado de esa obligación; pero necesito que me des datos, que me informes de todo lo que te concierne, para poder escribir tu artículo e imprimirle.*<sup>2</sup>

Es decir, retratarlo significa describirlo tal cual es, y ante la imposibilidad de que el aguador lo haga por sí mismo, el autor se apropia de esa obligación (el decir, que tenemos una visión *apropiada* de aquellos que están enajenados, privados de la capacidad de hablar por sí mismos), por más que esta apropiación aparezca como objetiva al ser el aguador quien proporcione la información para escribir “su” artículo. Entonces, ello implica que aquellos que no tienen voz están condenados a ser descritos o retratados por aquellos que la poseen y, por tanto, nosotros, estamos obligados a ver a estos actores a través de los que los retrataron.

Para este trabajo se utilizaron casi exclusivamente folletos del siglo XIX en razón de preferencias y disponibilidades, a pesar de que para muchos historiadores les resultan poco confiables en virtud de ciertos prejuicios tales como: a) estar elaborados en función de circunstancias muy concretas y en general al calor de los acontecimientos, por lo cual resultan, la mayor parte de las veces, deformantes, b) por ser en general de carácter político propagandístico y ello significa que son engañosos, parciales y que alteran intencionalmente la verdad de los hechos, c) por ser su mayor parte documentos anónimos, lo cual no nos permite atribuirles una paternidad segura al ser escritos precisamente con la finali-

dad de ocultar a sus autores, y d) por su postura declaradamente partidista e ideológica, entendida en su dimensión de falsa conciencia.

A pesar de estas supuestas limitaciones las hemos preferido por coincidir con José Revueltas en que "la ideología no es metafísica ni extrasensible. La ideología es una totalidad concreta, operante, activa que tiene sus raíces sólidamente establecidas en el compuesto social"<sup>3</sup> o también, como lo expresara alguna vez Marcel Bloch, porque la mentira deliberada es igualmente un dato histórico.

Confesamos entonces, de principio, que muchas de las citas del trabajo fueron seleccionadas de acuerdo a la posibilidad de que nos pudieran hacer oír, de entre el concierto de la anarquía, aquella voz que no tiene, por lo general, sonido propio.

### La ruptura de la tradición

Una serie de preguntas sobre el proceso de transformación de la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX encuentra todavía hoy muchas posibilidades de ser investigada. Entre ellas podríamos mencionar como ejemplos ¿De qué manera se constituyeron las bases sociales del estado nacional? o ¿cómo logró una minoría liberal imponerse a una masa que no los entendía, ni estaba de acuerdo con ella? ¿Por qué se consolidó un estado liberal y laico, en un país de masas fanáticas y con tendencias retrógradas? ¿Cómo explicar que una mayoría católica y conservadora no fuese capaz de oponerse a los designios de aquella minoría?

Una pregunta del propio siglo XIX fue la de si el país estaba o no preparado para la democracia y para el establecimiento de las instituciones liberales. A pesar de que la respuesta fue y sigue siendo negativa para muchos historiadores,<sup>4</sup> ésta y aquellas —con sus particularidades— se acabaron imponiendo aunque a la manera de una "democracia bárbara".

Muchos trabajos han señalado y analizado el papel de las masas populares en la revolución de Independencia, y a muchos sigue sorprendiendo lo violento de la explosión con su aparente ca-

rencia de efectos, así como la pretendida desaparición de estas masas hasta la igualmente turbulenta revolución de 1910. Pienso que al contrario de estos supuestos, la revolución de Independencia produjo efectos profundamente transformadores en la estructura social y que la lucha popular continuó en diversas formas, al lado de los grupos que estaban dispuestos a absorberlas de acuerdo a sus metas políticas y a sus requerimientos sociales. Si bien, parece evidente que fueron más las circunstancias que las convicciones —cosa por otra parte común a casi todas las grandes revoluciones— las que llevaron a los insurgentes mexicanos a aliarse con las masas trabajadoras, el hecho mismo de que éstas los siguieran dio a este proceso su peculiar contenido popular.

El testimonio de Manuel Abad y Quipo sobre que el cura Hidalgo seducía a los indios y los persuadía de ser dueños y señores de la tierra, da una idea de cómo la ideología criolla sólo pudo ser absorbida porque ya había un campo preparado previamente, en que los indios y las castas creían tener derecho a las tierras y a no pagar tributos.

En uno de sus trabajos, Mariano Otero señala las características de este campo ya preparado, en los siguientes términos:

La clase más numerosa, la excluida de todo beneficio social, la que sentía sobre sí el peso de la injusticia y de la opresión, y en cuya mayor parte existían profundos recuerdos de odio y venganza estaba sin duda en extremo *dispuesta* a lanzarse a una lucha que su valor salvaje y la miseria de su vida no la hacía temer puesto que veía en ella la ocasión lisonjera de *vengar sus agravios y de mejorar su condición...* El levantamiento en masa de esta población, sus furros y sus rapiñas fueron muy pronto las pruebas de las palabras que acababan de oír: pero aislada e ignorante no podía moverse por sí sola y necesitaba que una parte de sus amos la excitase contra la otra: así sucedió.

Esta parte eran las clases que sentían también el duro peso de las prohibiciones, los monopolios y exacciones de la corte que

le impedía el progreso de sus intereses materiales y su elevación a la participación del poder.

Todas estas clases, pues, se lanzaron a la lucha en defensa de sus propios intereses y por sus íntimas convicciones. Del otro lado estaban los primeros funcionarios civiles... el alto clero, los religiosos notables de las ordenes monásticas, los comerciantes que ejercen el monopolio... y así se entabló una lucha de los privilegiados contra la libertad, del extranjero contra el patricio, de la opulencia contra la miseria, en fin, de los pocos contra la multitud que acabó por triunfar después de un combate obstinado y sangriento.<sup>5</sup>

Fuesen sus intereses o sus convicciones, como señala Otero, esta dirigencia se encontraba asfixiada por una estructura en donde la riqueza quedaba en las manos de unos pocos, y aunque fuese un grupo deseoso de imitar o sustituir a las clases superiores, sólo la movilización de las masas le permitiría alcanzar las metas deseadas.

El que esta misma dirigencia estuviese todavía guiada, en gran parte, por los valores de las viejas élites, no le impidió establecer con las masas un contacto que siempre se les había escapado a aquéllas. Esta sensibilidad frente a fuerzas y sectores sociales inferiores no podía más que crear, a la larga, nuevas instituciones y nuevos valores culturales y políticos. El movimiento popular insurgente fue reprimido de manera por demás violenta, pero como todo movimiento sofocado en sangre, sirvió para preparar la conciencia revolucionaria sin la cual no es posible transformar el poder constituido.

El proceso revolucionario de la independencia, en su espontaneidad, no permitió el desarrollo de un proyecto real de cambios, pero dejó una herencia ambigua y contradictoria: por una parte, el *gran miedo* a la movilización popular inhibiría muchos intentos posteriores de apelar a ella; por la otra, algunos sectores descubrirían que sólo manteniendo su influencia sobre ella era posible crear nuevos canales que permitieran conducir y controlar dicha movilización. Es decir, que la participación popular en la independencia

dejó en claro el dilema de asumir lo que ella tenía de progresivo o de detener el proceso de transformación política y social de la vieja estructura colonial.

De esta manera, la guerra de independencia ayudó a derribar, por la fuerza, a un sistema social anquilosado y en crisis. Pese a todas sus limitaciones, incrementó de golpe la movilidad política y social, anteriormente reducida a una élite dependiente de la metrópoli, por más que fuese más vertical que horizontal.

Es incluso probable que el último residuo del "vértigo revolucionario" entre los grupos desposeídos de la ciudad de México se haya manifestado en la orquestada —pero sin duda popular— proclamación de Agustín de Iturbide como emperador, pues hay muchos testimonios de que para el pueblo era el libertador de la patria. Su caída ponía el primer obstáculo a la vieja aspiración realista por restaurar el orden social o de imponer el viejo ideal criollo de que "todo siga como está, menos con los gachupines". Al mismo tiempo, la desaparición del imperio posibilitó la construcción de un orden político diferente que hizo posible el reparto del poder entre nuevos grupos.

### La configuración de la modernidad

Escogimos deliberadamente una colección de folletos que podemos etiquetar como conservadores o retrógrados, según se les quiera ver,<sup>6</sup> porque en ellos aparece la idea de que hubo un mundo pacífico o casi idílico, un orden social inmutable o, en palabras de la época, una organización social "monumento de sabiduría" que se encontraba a punto de desplomarse por motivos ajenos a la Naturaleza. La visión que se desprende de estos folletos es, en buena medida, la de una concepción aristocrática (que no significa que los hombres lo sean) y decadente. Ello nos ofrece, en cierto sentido, una mayor claridad del cambio ya que, al ser como la del Gatopardo una visión de hombres a caballo entre dos mundos a disgusto con uno y con el otro, no ocultan el temor y desencanto que la transformación de la realidad les produce.

Este grupo decadente observará el orden social relajado, pero acostumbrado a él, por ser el suyo, llamará a los otros con su nombre según el *ancien régime* colonial (utilizados todavía por algunos estudiosos): de un lado, la aristocracia, la gente decente o de razón, los hombres de bien, es decir, aquellos que *tienen la voz* y por lo mismo *cuentan*, en su doble sentido de describir las cosas y de importancia social. Por el otro, los sin razón, la plebe, los indios, los léperos, los payos, los aspirantes, los de frazada, los humildes, las castas..., es decir, todos aquellos que no cuentan y que están comprendidos en el lenguaje del *anciene régime* como el "tercer estado". "Tercer estado" en el que se encuentra un confuso componente burgués, pero que, dadas las condiciones de la herencia colonial y su pretendida incapacidad para establecer y desarrollar el capitalismo, seguiremos llamando por comodidad clases medias, letrados, progresistas, liberales, etcétera.

¿Quiénes son para estos hombres de bien los culpables del desorden, los causantes de la anarquía y de la destrucción del orden social? En un primer momento fueron las "hordas desenfundadas, los proletarios, el vil populacho, la indiada, la hez de la sociedad", dirigida por un puñado de insurgentes irresponsables. Masas que produjeron un terremoto —de aquellos que se dan de vez en cuando en una topografía social tan contrastante y endémicamente sísmica— en el corazón del sistema colonial y del que ya no se recuperaría a pesar de que su agonía fuese, a los ojos de sus enemigos, más bien prolongada.<sup>7</sup>

Terminada la guerra de independencia, son aquellos a los que en ocasiones se atreven a llamar por su nombre: los revolucionarios, los que impiden la conservación del orden social "heredado de nuestros mayores" y pretenden destruirlo a toda costa; todos aquellos que no tienen propiedad son los que quieren:

colocarse en los puestos públicos, hombres sin educación, ni capacidad, ni pudor, demagogos, una facción desoladora... en guerra sostenida contra la nación por bandidos y fascinosos (como Vicente Guerrero, el cual) *a pesar de su ineptitud y públicas de-*

*pravaciones se atrevió a subir a la suprema magistratura... vagos malentendidos que a la sombra del desorden, buscan el modo de vivir a costa del que trabaja.*<sup>8</sup>

Son igualmente culpables aquellos que envenenan al pueblo, las mentes de los buenos mexicanos y que se empeñan

en desmoralizar al pueblo católico, lo mismo que sucedió en Francia en tiempos de su revolución: allá hubo un Robespierre, un Voltaire, un Marat, un Condorcet y Mirabeau que se emplearon con sus plumas a disponer los ánimos de aquella cristianísima nación. Comenzaron por reformar el clero que decían estaba relajado, se quería lo mismo aquí, nacionalizar sus rentas y ponerlas bajo la tutela del gobierno, para lograr con ello ir quitando la religión tan antigua de su nación.<sup>9</sup>

Los enemigos pues, son los que sin tener nada, sin más motivos que combatir por lo que merece respeto y que se han salvado de la destrucción de una guerra sangrienta, hombres, por ejemplo, como Lorenzo de Zavala<sup>10</sup>

falaz, intrigante, sin carácter, inconsecuente... habiendo asaltado el gobierno del estado más opulento, *se ha rodeado de satélites que le circundan... jóvenes atolondrados, letrados de nuevo cuño que se le unieron ad panem lucrandum*, porque con el hambre no se juega, *payos insignificantes, clérigos apóstatas e ignorantísimos, y en fin la hez del pueblo*. Por eso han criado algunas producciones de su propia calaña, por eso fomenta a los fascinosos, disimula horrendos crímenes, apadrina a los léperos.<sup>11</sup>

Un problema interesante, aún no resuelto, es el de saber si todos los partidos utilizaron a los mismos grupos en sus enfrentamientos y cuáles eran las diferencias en su manejo. Sin embargo sabemos que los moderados o aquellos que no tenían fuertes convicciones políticas, utilizaron la influencia de los radicales para acelerar cier-

tos procesos y a pesar de que muy frecuentemente su vacilante política les hacía dar marcha atrás, siempre se mantenían ciertas conquistas logradas por la actuación de los segundos.

De hecho, y tomando sólo la imagen anterior, no es difícil observar que la descripción de los hombres sobre los que tenía influencia Zavala podría aplicarse igualmente a la que transcribimos enseguida con respecto a los hombres de Santa Anna y que se repetirán periódicamente hasta el ocaso del político veracruzano.

Son una caterva de jóvenes libertinos, ociosos, *sin patrimonio*, ni modo de vivir y deseosos de figurar para asegurar su subsistencia... son otros quienes por su entendimiento ligero les gusta siempre la novedad. Son aquellos que *no contentos con su mezquina suerte, aspiran a mejorarla* por cualesquiera medios, y *han aprendido por la experiencia que el mejor camino para llegar a la fortuna es el de la revolución*. Son otros que han tenido un corazón ambicioso y careciendo de medios y habilidad para henchir sus arcas a poca costa y trabajo, *desean el desorden para aprovecharse de él*, son los descontentos que juzgándose dignos del precio o del empleo que solicitan, no ven cumplidos sus deseos, y desean vengarse de quienes creen que han tenido parte en no poder alcanzar su solicitud. Son en fin, los hombres perversos, acostumbrados a vivir del trabajo ajeno, que juzga verse en los puestos de que por su educación, conocimiento, saber, méritos y costumbres están muy distantes.<sup>12</sup>

Por último, en sus *Memorias de mis tiempos*,<sup>13</sup> Guillermo Prieto, testigo del ambiente social de aquella época, escribió una opinión semejante:

Respecto a la cosa pública, que era por entonces lo menos de mi cuidado, oía como entrecortados rumores de Santa Anna y Gómez Farias que ocupaban alternativamente el poder, como dos empresarios de compañías teatrales, el uno con su *comitiva de soldados balandrones e ignorantes, ta-*

*hures y agiotistas desaliñados y el otro con algunos eminentes liberales, pero con su cauda de masones, de patrioterros anárquicos y de gente de acción que era un hormiguero de demonios.*

Clásica combinación internacional de revolucionarios y arribistas que se valían de todo tipo de instrumentos y medios para destruir el orden social establecido y que, fracasada la tumultuosa guerra revolucionaria, pretendían seguir el camino de la organización. En un primer momento la desarticulación propició la organización de las logias masónicas, las “nefastas invenciones de los impíos”, sobre todo aquella de los yorkinos,<sup>14</sup> jacobinos o sansculottes, fundada por los dirigentes de la baja democracia, los campeones del ejército de los descamisados.

Aparato misterioso, ceremonias secretas, juramentos execrables *han hecho creer al vulgo* que los masones son algo bueno, por aquella propensión que tienen a venerar *aquello que no entienden* y se les presenta de un modo importante y misterioso.<sup>15</sup>

En contraposición, la logia escocesa, establecida formalmente en México por las tropas que vinieron con Juan O’ Donoju, se distinguió desde el principio por la participación mayoritaria de los llamados hombres de bien, los cuales, como en España, se organizaron —entre propietarios, aristócratas, comerciantes y la oficialidad del ejército— para llevar a cabo sus proyectos de transformación reformista liberal, al margen de las masas.

La condición social de sus miembros y sus tendencias reformistas desde arriba, se identifican mejor con la tradición del despotismo ilustrado, que con los nuevos planteamientos democráticos de los republicanos. La descripción que hizo José María Luis Mora de uno de estos personajes, Pedro Celestino Negrete, ilustra claramente su posición con respecto al cambio social:

amante de la libertad por inclinación y principios, *se irritaba por no encontrar sino desórdenes en las masas que no la procla-*

maban sino por sentimiento, y que en razón de su ninguna educación tampoco podían acertar con los medios de lograrla. *Esto produjo en él su indisposición habitual para con los insurgentes*, que en el momento del triunfo, lo hacía no pocas veces proceder a ejecuciones sangrientas.<sup>16</sup>

El elitismo de los escoceses, su política moderada y conciliadora y su lejanía de las capas populares, condujeron a los radicales y populistas a fundar su propia logia

enseguida aparecieron los hermanos de ... con su memorable Poinsett (de memorable memoria) fundando el malhadado rito de York... desde el cual se hicieron como querían los negocios públicos inventando para quitar sospechas y hacer más fáciles sus proyectos, que el nombre yorquino no era otra cosa que el nombre del patriotismo verdadero y defensores de los derechos de nuestra patria. Al oír tan embelesadores nombres con empeño volaron de todas las clases a iniciarse en las filas perversas de York, llegando el entusiasmo al extremo que hasta los de frazada se llamaban yorquinos y a voz en cuello decían: 'soy yorquino'.<sup>17</sup>

Al testimonio ya elocuente de la popularidad de la logia y de su rápida propagación entre diversos sectores sociales, así como de las enormes posibilidades de participación que esta secta masónica ofrecía, agreguemos el juicio expresado en otro folleto —cuyo autor posiblemente sea Lorenzo de Zavala—, en el que se señala que fue en el año de 1825 cuando se formaron las logias yorquinas, las cuales se pensaba darían cuerpo al "partido popular" que enfrentaría a los escoceses aristócratas. Las logias se fundaron en todos los estados de la flamante federación

y se abrió la puerta al pueblo que entraba con fanatismo. Al principio se reducían las tenidas a las ceremonias del rito, y a tratar sobre obras de beneficencia y funciones, pero después se convirtieron en juntas en que se discutían los asuntos públicos. Las

elecciones, los proyectos de ley, las resoluciones del gabinete, la colocación de empleos, de todo se trataba en la gran logia, en donde concurrían diputados, ministros, senadores, generales, eclesiásticos, gobernadores, comerciantes y toda clase de personas que tenían alguna influencia. ¿Qué podía resistir a una resolución tomada en una sociedad semejante?<sup>18</sup>

Esto implicaba que en un primer momento los demagogos encontrarían en las logias la manera de incorporar de una forma más racional y política la enorme fuerza potencial de las masas, y con ello se abría el sistema político a una participación más extensa de los grupos populares, fundamentalmente urbanos, disponibles y movilizables, sin aquellos inconvenientes que la participación masiva y tumultuosa de las clases subalternas habían causado en el periodo de la revolución de Independencia.

A pesar de que estos intentos no llegaron a desarrollarse del todo —primero, por la prudencia de una buena parte del sector progresista que tenía demasiado fresco el recuerdo de la guerra revolucionaria, y segundo, por la posibilidad de un nuevo desbordamiento de la fuerza popular en los considerados terribles acontecimientos de 1828—<sup>19</sup> ellos no dejan de ser extremadamente significativos de la manera en que se fueron entretejiendo toda una serie de nuevas relaciones sociales y políticas que anticipan las formas de participación y de control popular en años posteriores.

De nuevo, es la conciencia de la gente *decente* la que nos permite observar, en su crítica, los instrumentos utilizados para cambiar la sociedad, y que ésta no sólo cambiaba, sino que en muchos aspectos estos cambios fueron irreversibles, pues a través de ellos los llamados "advenedizos" se infiltraron paulatinamente en los canales de la movilidad social, minando así la posibilidad de mantener cerrado el sistema.

Todo el bienestar que se esperaba de la independencia no se logró, la revolución envolvió nuestras esperanzas en la espesa actividad de las tinieblas, y muchos de los

*autores de aquella disfrutaban hoy tranquilamente de sus rapiñas y sus maniobras.*<sup>20</sup>

Insistimos en que a pesar de que se trata de una forma de ascenso vertical, el periodo incrementó de golpe la movilidad social, haciendo posible la aparición en la escena política de los "igualados", palabra que en México se usaba (y aún se usa) con un sentido peculiar. Con él se hace referencia a las clases subalternas cuando tratan de comportarse o alcanzar a los que socialmente se encuentran arriba, y cuya aplicación posee una connotación más peyorativa que la del término tradicional de *snob*.

No se trataba de imponer una sociedad igualitaria, que no se desarrolló ni siquiera en revoluciones más radicales, pero el reclamo por la igualdad más el establecimiento de instituciones de carácter liberal, sirvieron a los llamados demagogos del "tercer estado" para ir ensayando nuevas formas de legitimidad del sistema republicano que, pese a todo, se estaba imponiendo.

Una de las más típicas, ya desarrollada durante los últimos años del virreinato, fue la manipulación del voto ciudadano. Las masas urbanas con derecho a la participación electoral fueron coptadas para favorecer la elección de los progresistas, quienes casi siempre ganaban en condiciones normales:

a los haraganes y léperos se les ha distribuido dinero, y a uno que otro miembro de la compañía, dígalo usted maestro, que la institución (la logia) es verdaderamente caritativa... Aguarde usted que ahora que hago memoria de que oí decir a unos léperos, allá va el Señor Esteva aquél del pañuelo blanco en la cabeza es; dijeron que había visitado las asillas desde la madrugada para ver si los de la facción estaban bien apoderados de ellas... luego que los ministriles veían a un pobre hombre de frazada que iba a votar, se llegaban a él, le registraban las listas, si no era de su gusto se las tomaban y rompían; a muchos los llenaban de injurias, y a otros les ponían un real en la mano y vete con Dios.<sup>21</sup>

La misma publicación y difusión de los folletos de carácter político, en algunos momentos cruciales, constituyó una importantísima forma de propaganda, pues, "gritados por los muchachos" causaban mucha agitación en la ciudad, al decir de los contemporáneos. Fue en varias ocasiones a través de ellos que se extendió un conjunto de ideas que los hombres de bien juzgaron, por lo general, la causa de que "la chusma se insolentase" al creer que siendo ciudadanos libres se les debía de prestar obediencia.

Sería exagerado afirmar que mediante esta propaganda las masas urbanas fueron adquiriendo una conciencia revolucionaria, pero es indudable que el sentimiento de ser hombres libres los convertía en importantes protagonistas en los disturbios y rebeliones, desde el momento en que éstas ofrecían una oportunidad, así fuese momentánea, de convertirse en mandantes; y estas oportunidades se presentaron casi siempre en los momentos en que las necesidades de cambio de los progresistas requería de una participación social más amplia.

Frente a ello, es natural el terror de los aristócratas ante la libertad de imprenta, la difusión de las ideas liberales y sobre todo, ante la posibilidad de que se estableciera la tolerancia religiosa, pues no existían, según sus puntos de vista, mejores instrumentos de control social que aquellos que daba la religión:

*destruida la religión ya no hay gobierno, los hombres obedecen por ella y por ella se cumple con Dios y con los hombres... penetrados los hombres de su religión, se costendrán (sic) de robar y aborrecer a sus semejantes, cesará la envidia que nos devora, se penetrarán de que algunos nos deben mandar y que todos debemos obedecer.*<sup>22</sup>

El temor, entonces, no sólo fue natural sino también justificado por los mismos acontecimientos. Así se entiende mejor la intransigencia de los amigos del "retroceso", como los llamara Mora, en su defensa del conjunto de las instituciones religiosas



últimamente se ha negado la abnegación del hombre y la paga de los diezmos por varios autores, para llevar a cabo sus miras malditas de hacer que la nación abjure de su religión y entre en cisma... a nosotros toca evitar en nuestro suelo las tristes escenas de los años de 1792 y 93 que asolaron y llenaron de espanto a la Francia.<sup>23</sup>

Esta imagen de temor al radicalismo revolucionario se generaliza en la época entre aquellos que soñaban con la restauración del antiguo régimen y de quienes deseaban encontrar los mecanismos de un sistema liberal expurgado de efectos revolucionarios; lo encontramos, lo mismo entre los campeones de la Santa Alianza que entre los moderados de la restaurada monarquía francesa. Respecto al caso mexicano, habría que agregar, además, el pánico que dejó entre los propietarios la participación popular en la guerra de independencia: las vías revolucionarias habían abierto una posibilidad alucinante de destrucción del orden tradicional. Los intentos por evitar esa posibilidad, de un lado, y aquellos otros por conducirla y racionalizarla a través de la creación de un partido popular, reflejaron una más de las tensiones altamente cargadas que caracterizaron la primera mitad del siglo XIX mexicano.<sup>24</sup>

Son estas tensiones explosivas que intentan mantener o modificar la estructura de aquella sociedad las que explican, en buena medida, la aparente anarquía del periodo. La agitación política, el aspirantismo, la empleomanía, las posibilidades de ascenso social y de redistribución de la riqueza en una sociedad como aquella, eran posibles solamente a través, precisamente, de lo que se ha denominado "la anarquía".

En el folleto titulado *Esta es la verdad pelada, tan pícaro es Bustamante como Pedraza y Santa Anna*<sup>25</sup> se describe maravillosamente el tipo de condiciones que hicieron posible la generalización de los cambios:

es muy fácil principalmente en un pueblo como el nuestro, en el que abundan más los ociosos que los ocupados, los libertinos que los de rígidas costumbres, los zánganos

*que los labiosos, y en una palabra, donde los aspirantes se han aumentado cada día con los descontentos en proporción a las revoluciones que nos han agitado y de los adelantados que han adquirido los que siguen el torrente revolucionario.*

Pero el torrente revolucionario exige la participación de amplios grupos sociales, dispuestos a contribuir al cambio y a dejarse dirigir por aquellos que tienen una mayor conciencia de los objetivos de la revolución, y a su vez, significa que quienes la fomentan, están dispuestos a emplear los resortes de la participación de las masas, ofreciendo posibilidades de cambio a quienes los siguen.

Las luces de todos los pueblos del universo ni son justas ni profundas, y como *los hombres son atraídos por las cosas según la proporción que tienen con su inteligencia o con sus intereses, Santa Anna se atrae a la multitud* de nuestros pueblos, y a muchos que no pueden llamarse pueblo, porque acomodándose a las pasiones que conoce más vivas en los mexicanos los halaga y los reduce... Este ha resuelto a los débiles y poco reflexivos a decidirse a su favor, y *determinado a los aspirantes y descontentos a mover a estas masas.* Milita todavía otra razón, y es que *no hay hombre que menos escrupuloso sea para consentir y autorizar toda clase de crímenes* con tal de que el que los cometa le sirva con las armas o le pueda ser de alguna utilidad. Los robos, los asesinatos, los adulterios, todo género de venganzas son permitidos y aun premiados entre las tropas con tal de que se vistan con el buen celo por su causa. *Santa Anna no quiere más que mantenerse en la anarquía* rodeado de perversos que estar tranquilo alabado de los hombres justos, moderados y pacíficos. *¿Faltarán quien aumente las filas de sus batallones? Y cómo no se aumentarán cuando es tan pródigo en dar empleos y ascensos a los que le ayudan.*<sup>26</sup>

Si nos atenemos al viejo señalamiento de Abad

y Queipo, de Humboldt, y de otros muchos autores, sobre que la sociedad mexicana de fines del siglo XVIII y principios del XIX era una sociedad polarizada en dos campos extremos, violentamente enfrentados, sin medianías, es indudable que una de las tareas fundamentales para transformarla era precisamente la de abrir canales de participación que dieran oportunidad al desarrollo de las medianías del "tercer estado."

La revolución de Independencia abriría formas para lograrlo muy diversas de las señaladas por hombres como Queipo, pero en cierto sentido más acordes con la realidad que aquellas experimentadas por la política reformista del despotismo ilustrado, pensadas desde arriba y desde afuera. El fracaso de esta política frente a la resistencia de las élites, abriría el camino a la independencia, pero también, paradójicamente, a la transformación de una sociedad que se quería

mantener sin cambios. La "era de Santa Anna" o de sus revoluciones, por confusas, inconsecuentes o arbitrarias que nos parezcan, estaban dentro de la lógica de los acontecimientos.

Los santanistas, como aquí han sido descritos, no tenían ideas profundas, ni luchaban, por lo general, por una causa ideológica precisa, pero junto con aquellos que concebían un proyecto de cambio, por vagas que nos resulten a veces las ideas del "partido popular", coincidían en los fines, utilizándose mutuamente con toda la secuela de avances y retrocesos que representó esta transformación y a pesar de la impaciencia que deboraba a muchos de los segundos por demoler dicho orden. Pero, por precaria que fuese, sólo esta alianza podía modificar efectivamente aquella sociedad, como a la larga, y con todos los ajustes que se hicieron, quedaría demostrado.

## Notas

<sup>1</sup> Noemí Hervitz, Luis Alberto de la Garza, "Pensar históricamente", *Revista de la Universidad*, agosto 1980.

<sup>2</sup> VVAA, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, Edición de M. Murguía, 1855. Todos los subrayados de las citas son míos, salvo indicación contraria.

<sup>3</sup> José Revueltas, México: *Democracia bárbara*, México, Era, 1983, p. 31.

<sup>4</sup> Trabajos recientes como el de L.B. Perry, *Juárez and Díaz: Machin Politics in Mexico*, señala por ejemplo: "The basic truth was that liberals were a numerical minority, holding power on a theory of majority rule. Conservative were also a minority, but they included classes—especially clergy—that could potentially influence the masses more effectively than could the liberals". Ello contrasta notablemente con una ya vieja observación del primer cónsul prusiano en México, Carlos Koppe, quien al oír las lamentaciones de un clérigo sobre la inseguridad política del país, escribe que el mismo clérigo le comentó que "la influencia del clero no llegaba tan lejos como vulgarmente se creía". C. Koppe, *Cartas a la patria*, México, UNAM, 1955, p. 126.

<sup>5</sup> Mariano Otero, "Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana, 1842, en *Ensayos sobre las clases sociales en México*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1968, p. 39.

<sup>6</sup> Los folletos utilizados corresponden a los años comprendidos entre 1828 y 1834, pero se han utilizado también y posiblemente extrapolado, de años anteriores y posteriores, es decir, elaborados en condiciones algo diferentes a las de aquel sexenio y entremezcladas sin un riguroso orden cronológico.

El privilegiar este sexenio se debió a que consideramos que en él se presentan las características fundamentales de lo que más tarde se llamaría el periodo de la anarquía. El final del primer gobierno republicano (1824-1828) con Guadalupe Victoria como presidente, señala, luego de un intento de transacción entre los grupos, la dinámica de los enfrentamientos y las tendencias que se desarrollarían en los años siguientes: la manipulación electoral y popular, las rebeliones militares, cuartelazos; la rivalidad entre las logias masónicas y la fragilidad del equilibrio que conduciría a la búsqueda de formas institucionales y duraderas.

<sup>7</sup> Es bien conocida la diferencia del primer periodo de la independencia mexicana del resto de la América Latina por la amplia participación de las masas populares, que desbordó los intentos criollos por obtener el papel de los peninsulares. La culminación de la independencia sería sin embargo obra de quienes habían combatido a la revolución, pero en alianza con los viejos grupos insurgentes, por lo cual el establecimiento del Imperio y los intentos por mantener el viejo orden fueron cuestionados desde el principio. Durante los primeros años de la vida independiente hubo un gobierno monárquico con regencia; un emperador (Iturbide); una presidencia colegiada y una República federal con cuatro presidentes y dos vicepresidentes en funciones ejecutivas (Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Manuel Gómez Pedraza, Antonio López de Santa Anna, Anastasio Bustamante y Valentín Gómez Farfás respectivamente), de los cuales sólo el primero pudo concluir su periodo de gobierno.

<sup>8</sup> Melchor Múzquiz, *El Gobernador del Estado a los*

propietarios y demás habitantes del mismo, Toluca, Imprenta del Gobierno, 1830.

<sup>9</sup> *Arma, arma mexicanos, que la religión peliga*, México, Imprenta de Tomás Uribe y Alcalde, 1833.

<sup>10</sup> Zavala fue un personaje representativo del grupo radical. Electo en 1822 diputado al primer congreso, participó desde entonces en las actividades políticas en una forma destacada. Además de parlamentario fue gobernador del estado de México, Secretario de Hacienda, diplomático y periodista. Hombre de gran actividad se le atribuye la fundación de la logia yorkina y de haber sido el cerebro que llevó a Guerrero a la presidencia en 1828 como autor de la revolución de la Acordada. El no haber sido testigo presencial de la violencia revolucionaria, que tanto espantó a muchos hombres de la época, explica tal vez su fácil relación con las clases populares que participaron en los acontecimientos de 1828 y que culminaron con el saqueo del Parián.

<sup>11</sup> *Clamores de los mexicanos a su presidente electo*, México, Imprenta de Tomás Uribe y Alcalde, 1833.

<sup>12</sup> *Esta es la verdad pelada, tan pícaro es Bustamante como Pedraza y Santa Anna*, Tres partes, Tercera parte, p. 4.

<sup>13</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos, 1828-1852*, 2 vol., México, Librería de Bouret, 1906, vol. I, p. 94.

<sup>14</sup> Las logias jugaron en esa época un papel muy importante en la actividad política de los diversos grupos. El hecho mismo de la falta de proyectos acabados y la desarticulación social de los primeros años propició la ausencia de organizaciones partidistas, dando a las logias su papel singular. De hecho no se trataba, en su inicio, de organizaciones al margen de la ley, ni perseguidas o verdaderamente secretas a la manera en que éstas habían surgido en algunos países europeos. Por ello al ser prohibidas en 1828, ya habían permitido a los grupos sus primeras formas de organización e identificación de objetivos. Su papel posterior seguiría siendo muy importante, pero su carácter no tendría ya el sentido de gestación de organizaciones políticas que las habían marcado en sus primeros años.

<sup>15</sup> *Gran Logia nación mexicana, y pira de los yorkinos*, México, Oficina de Alejandro Valdés, [s.d.]

<sup>16</sup> José María Luis Mora, *Méjico y sus revoluciones*, París, 1836, vol. IV, pp. 437-438.

<sup>17</sup> *Arma, arma mexicanos. . . cit.*

<sup>18</sup> *Juicio imparcial sobre los acontecimientos de México en 1828 y 1829*, New York, C.S. van Winkle, Corner Wall & Broad-St. Reimpreso en México, Oficina de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1830, pp. 10-11.

<sup>19</sup> Las elecciones de 1828 para el segundo periodo

presidencial estuvieron caracterizadas por la división de los progresistas, quienes no se pusieron de acuerdo en la candidatura. Un grupo más popular proclamaría a Vicente Guerrero, mientras que otro de moderados presentaría la candidatura de Manuel Gómez Pedraza ante el temor de que ganasen los extremistas. El proceso fue bastante agitado, al final triunfaron los partidarios de Pedraza ante la indignación de los guerreristas. Su derrota ocasionó poco después una sublevación militar encabezada por Santa Anna, seguida por una revuelta cívico-militar en la ciudad de México conocida como revolución de la Acordada, durante la cual fue saqueado e incendiado el mercado del Parián. Resultado de ella fue la renuncia de Pedraza y la elección de Guerrero a la presidencia de la República.

<sup>20</sup> Múzquiz, *op. cit.* También Guillermo Prieto señala esta situación, al relatar un baile característico de la "clase media": "La concurrencia era por demás heterogénea y peculiar. Los parientes cercanos de la Condesa y el hijo sacrilego del comendador, la niña beatita con vocación de monja y el vástago de los héroes de la Acordada cuyo padre, curtidor, se hizo rico en el saqueo y se hembraaba con Pepe del Río y con Farías". *op. cit.*, v. I, p. 148.

<sup>21</sup> *Diálogo entre un barbero y su marchante sobre las elecciones primarias celebradas el día 20 de agosto*, México, Imprenta a cargo de Martín Rivera, 1826.

<sup>22</sup> *Arma, arma mexicanos. . . cit.*

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> El gobierno de Vicente Guerrero fue derrocado por una coalición de los hombres de bien, a través del pronunciamiento del Plan de Jalapa por las tropas del vicepresidente Anastasio Bustamante. La política represiva y los intentos por reestructurar el viejo orden provocó una rebelión en su contra que terminó con su salida de la presidencia que había usurpado. Por los Convenios de Zavaleta se encargó a Gómez Pedraza "terminar" su periodo de gobierno; las nuevas elecciones favorecieron una inicial alianza: Santa Anna-Gómez Farías, que daría origen al primer ensayo reformista bajo la dirección del segundo. El corto e intermitente periodo de gobierno de Gómez Farías ocasionó una serie de sublevaciones en su contra por parte de aquellos que se postulaban como defensores de la "religión y los fueros". Este fue sin duda el momento más interesante por lo que respecta a la radicalización del conflicto en el que se gestaban los grupos, y también por lo que se refiere a los límites del reformismo en la primera mitad del siglo.

<sup>25</sup> Esta es la verdad pelada. . . *cit.*, tercera parte, p. 5.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 6.

